



Fernando Guerrero y Pablo Ospina  
**El poder de la comunidad: movimiento indígena  
y ajuste estructural en los Andes ecuatorianos**  
CLACSO-IEE, Buenos Aires, Quito, 2004.

El libro de Fernando Guerrero y Pablo Ospina tiene como objetivo central analizar el proceso de globalización expresado en el ajuste neoliberal en el Ecuador y en el comportamiento del movimiento indígena en la década del 90. Los autores plantean dos hipótesis: a) el ajuste es el factor que penetra y subvierte las estructuras agrarias y alimenta la movilización étnica y b) el reforzamiento de las identidades étnicas desde las comunidades está vinculado directamente con el proceso de transición a la globalización por medio del surgimiento y consolidación de un liderazgo indígena autónomo (que genera el programa y el discurso que cohesiona la identidad). La globalización de alguna manera facilita un soporte ideológico común para todas las capas indígenas: el de la reafirmación de la etnicidad para hacerle frente a los cambios acelerados y amenazantes de la modernización.

Para los autores, los cambios agrarios, la reforma del Estado y el propio movimiento indígena de los 90 tienen sus raíces en el gran giro histórico que da el país desde los 60, a saber, el declive del sistema de hacienda en la

Sierra. Es allí en donde se descompone una estructura pesada de más de dos siglos de existencia, dejando un vacío en el campo y en la forma de vida de los indígenas. Este vacío querrá ser llenado años después con la oferta de la modernización que se propondrá desde las elites blanco mestizas, pero las promesas no se cumplen y desde el fondo de la sociedad surge un movimiento que plantea, en medio de la crisis de hegemonía del bloque dominante, una propuesta programática y étnica en torno a la plurinacionalidad.

A través de sus diversos capítulos los autores van argumentando en torno a estas dos pistas de reflexión. Veamos algunos de los ejes centrales del libro:

- Los autores piden prestadas varias categorías del análisis de Antonio Gramsci (como la de “hegemonía”), para plantear que el vacío cultural dejado por la hacienda trata de ser cubierto por la oferta de modernización. Sin embargo, esa propuesta de la elite gobernante se queda en ello, en propuesta. Durante el gobierno de Borja las expectativas que se habían hecho los indígenas son frustradas por la parálisis gubernamental y las medidas económicas; allí estalla el levantamiento de los 90, entre las demandas de cambio y las ofertas recortadas del Estado. Y el levantamiento será un acontecimiento histórico en donde un proceso diverso, descentralizado y heterogéneo que surge de lo local encuentra su referente nacional. La CONAIE es más que una causa un “producto” del acontecimiento.
- El libro diferencia dos fases en la década de los 90s: la primera que va hasta 1995 está marcada por la agenda de lucha por la tierra, el agua y otras demandas propias de su base agraria; la segunda va de 1995 a 2002 y es cuando se desencadena la crisis política y económica del país hasta el golpe de Lucio Gutiérrez (un período marcado por la iniciativa indígena). Es en esa fase que toma cuerpo el perfil étnico, cues-

tionador del poder del Estado, y éste convierte al movimiento indígena en actor político nacional.

- Tomando como base el caso de Cotacachi, Guerrero y Ospina estudian los cambios agrarios posteriores a la reforma agraria, en torno a procesos de compra-venta de propiedades en el mercado de tierras. Hay varias ideas que sostienen los autores: en la Sierra los grandes propietarios prosperan en el marco del neoliberalismo, logran frenar la reforma agraria e imponer la liberalización en el agro. En contraparte, la iniciativa indígena logra y mantiene un sector importante de la tierra en manos de los campesinos y consigue detener provisionalmente los procesos de concentración de la propiedad.
- Respecto del problema de la identidad, los autores diferencian los marcadores étnicos que pertenecen a “los círculos interiores” de la identidad -lengua, auto identificación indígena, vestimenta, adscripción a las comunidades-, de la socialización primaria y punto de partida del movimiento de revitalización del movimiento. Es a partir de este núcleo duro de la identidad que se proyecta a los “círculos exteriores de la identidad” configurada por una serie de grupos de la población y los gobiernos locales. Guerrero y Ospina analizan los elementos étnicos a partir de tres fundamentos: la dinámica poblacional, la dinámica organizativa y comunitaria y los itinerarios de la elite indígena en sus historias de vida. Para ello reconstruye los debates en torno a los datos censales, que no alcanzan a dar una visión completa del peso demográfico de la población indígena, y recoge los aportes de Galo Ramón, lo que integra el peso territorial de la población. Los autores cuestionan la visión de los censos que busca reducir a los indígenas a una cantidad y recogen los argumentos de Luis Macas y Fernando Bustamante, quienes coinciden en señalar que la fuerza del movimiento indígena no está tanto en el número cuanto en su cosmovisión o un “*ethos*” de resistencia a la modernidad, una forma distinta de ver el mundo, de organizarse, de relacionarse con la naturaleza, así como una manera diferente de plantear el desarrollo. Se trata de una dimensión cultural que es compartida, no sólo por los indígenas, sino también por amplias capas de mestizos, lo cual explica que el movimiento indígena se haya convertido en el eje fundamental de resistencia al proceso de ajuste, en la medida que aquel expresa una serie de valores y opiniones que los grupos mestizos no son capaces de sostener abiertamente.
- El libro sitúa la cobertura de la extensa red organizativa en que se sustenta el movimiento, que va desde las organizaciones de base hasta las organizaciones nacionales, y plantea el debate en torno a la diversificación que se produce tanto por las modificaciones estructurales de la base social (cambio de ocupación, migración, movilidad de una capa dirigencial) como por una diversificación organizativa (juntas de agua, grupos productivos, etc.) y su relación con una oferta diversificada de programas estatales y de cooperación.
- La obra introduce, también, el debate en torno a las potencialidades de las organizaciones tanto desde una visión “optimista” (según la cual la acumulación de capital social por parte de los indígenas les permite incidir en la transformación de las instituciones y en avances en el campo del desarrollo, en la línea de los trabajos de Víctor Hugo Torres, Galo Ramón, Thomas Carroll) como la visión crítica que plantea que de alguna manera el desarrollo es un campo minado y que el discurso de la cooperación internacional es usado como un recurso para amortiguar los conflictos y bajar el perfil de las organizaciones del campo (siguiendo los trabajos de Luciano Martínez y Víctor Bretón).
- Asimismo, recoge los itinerarios de vida de dirigentes indígenas desde su vivencia

---

campesina y sus diversos caminos de movilidad a la ciudad, desde la agricultura al comercio, la educación, la organización social o su intervención en el campo del desarrollo y en los gobiernos locales en donde se reafirman los elementos de identidad. Ésta elite será un actor fundamental en la construcción de la identidad, en la formulación del discurso étnico y en la red organizativa y política del movimiento.

- Posteriormente, el libro analiza la reforma política y los hitos principales de la crisis política de finales de los 90, particularmente las caídas de Bucaram y Mahuad y la intervención del movimiento indígena en ese contexto; en el primer caso, como una vertiente secundaria frente al amplio movimiento ciudadano, urbano y serrano que se despliega en el país, y en el segundo, como factor directo que incide junto a las FFAA en el poder.
- Finaliza con algunas conclusiones en torno a la idea de que ese proceso ha sido posible por la presencia de un Estado “transformista”. Aplica la categoría de Gramsci al caso ecuatoriano, el cual tendría características particulares: producir reformas al tiempo de absorber los cambios de manera pacífica, buscando disolver molecularmente la capacidad de resistencia y revolución de los movimientos sociales.

Habría que hacer varios señalamientos sobre el estudio: en primer lugar es una contribución a la comprensión de los cambios agrarios, políticos y al desarrollo del movimiento indígena, especialmente ubicando los conflictos y tendencias que surgen en la década del 90. En ese sentido, el texto aborda un examen de las reformas neoliberales en sus varias facetas contradictorias: por un lado produce una aguda resistencia indígena que, si bien no logra detener la liberalización, preserva un espacio importante para la propiedad campesina. Por otro lado, hay una apertura en el campo legal -reconocimiento de los derechos colectivos- y en el ámbito electoral -con el voto

a los independientes que permite el surgimiento del Pachakutik-. Pero también las reformas implican un fortalecimiento del presidencialismo y un desmontaje de las áreas estatales y sociales.

Un aporte importante tiene que ver con el reconocimiento de una tendencia de fondo respecto a la diversificación del movimiento indígena, lo cual se produce desde hace varias décadas pero se acelera en los 90. Esa diversificación explicaría en buena parte las dificultades actuales del movimiento para contar con una propuesta ideológica y política unificada y coherente. En este campo el libro da elementos para comprender los debates actuales sobre el perfil programático del movimiento (propuesta étnica vs. propuesta amplia de cambios ante la hegemonía neoliberalismo), las alianzas (las potencialidades de unir una base rural o integrar a sectores mestizos), las estrategias (institucionales o de lucha directa) y el propio carácter del Pachakutik (partido indio o partido pluricultural). En ese sentido, el libro indaga las dos lecturas en torno al desarrollo del movimiento indígena: ¿Es comprendido como el eje central de una estrategia de cambio radical y estructural de la sociedad? ¿O es comprendido como un movimiento más modesto en sus aspiraciones de cambio social, que busca afectar las relaciones interétnicas y por esa vía transformar uno de los aspectos de la sociedad?

Los autores van más allá de ciertas lecturas dicotómicas argumentando, junto con Marc Saint-Upéry, que el discurso étnico y el de cambio social no son excluyentes ni antagónicos sino parte de una misma agenda. La utilización de la categoría del transformismo también ayuda a entender un proceso de reformas pero también de compromisos de las capas subalternas. Se podría decir que el estado ecuatoriano es de alguna manera un “Estado transformista” que acepta demandas avanzadas como las de los derechos colectivos así como la constitución de un polo político como el Pachakutik pero buscando “sujetar” al movimiento.

Si bien el análisis sobre el estado transfor-

---

mista o camaleónico está planteado de manera en gran parte hipotética, es una pista que permite leer la complejidad de los cambios ante los cuales el movimiento indígena no tiene todas las respuestas, lo cual revela sus vacíos en su proyecto étnico y programático.

Realizar un estudio del ajuste y el movimiento indígena deja también algunos vacíos, como es el comportamiento de los sectores dominantes del país y las dificultades en la reforma del Estado. En buena parte el análisis da una lectura evolutiva de la reforma neoliberal, dejando al margen las trabas y obstáculos que esta tiene en el Ecuador. Así, queda fuera del foco del estudio la crisis política y - en particular- los problemas que afectan a las elites dominantes de la Costa y la Sierra, la crisis de los partidos y los problemas de gobernabilidad.

Antes de terminar quiero reafirmar tres elementos adicionales que le hacen más interesante el libro. En primer lugar, combina entradas de varias disciplinas: desde la sociología rural, especialidad de Guerrero, y la antropología y la historia, especialidades de Ospina, de manera que logra mirar la realidad en diversos planos. Además, sistematiza los debates de los 90, tanto de los intelectuales de la academia como del movimiento indígena, lo cual le convierte en una “línea de base” para los debates actuales. Por último, se trata de un libro bien escrito, creativo, con muchas imágenes, con un manejo documentado de las fuentes y una integración viva de los conceptos con la realidad.

*Santiago Ortiz*